

Con el aborto, la derecha y la izquierda convergen en una visión individualista de la elección



Por Tish Harrison Warren

Una cosa que aprecio de la izquierda política es que a menudo hace un mejor trabajo que la derecha al comprender cómo los sistemas y la cultura dan forma a las elecciones personales. Los conservadores, por ejemplo, tienden a ver la pobreza en gran medida como resultado de malas elecciones de vida, y los liberales tienden a comprender que factores como la discriminación sistémica, la desigualdad y la falta de oportunidades educativas contribuyen en gran medida a la inseguridad económica. No es que las elecciones personales no importen, pero las realidades sistémicas cortan ciertas elecciones y hacen que otras sean mucho más fáciles. La izquierda generalmente entiende que la elección no ocurre en el vacío y que los factores externos, incluidas la cultura y la ley, dan forma a las personas, las opciones disponibles para ellos y lo que encuentran moral, práctico o incluso posible.

Pero cuando se trata del aborto, la izquierda puede hablar de elección personal de manera demasiado simplista. Mientras recordamos el 49 aniversario de *Roe v. Wade* este fin de semana, vale la pena preguntarse qué tipo de mundo ayudó a crear esta decisión. Lo que a menudo no se reconoce es que la disponibilidad generalizada y, en ocasiones, el fomento del aborto crea realidades sistémicas en las que el aborto se convierte en la opción más fácil para las mujeres que tienen embarazos no deseados, en la medida en que estas mujeres pueden sentir que es su única opción.

Llevar una vida humana a término y criar a un niño o colocarlo con una familia adoptiva son, en todas las circunstancias, bienes arduos, bienes morales, espirituales y sociales que también conllevan una dificultad y un riesgo significativos. La elección de hacer algo bueno pero difícil nos parece más o menos posible debido a lo que la cultura que nos rodea valora, celebra, apoya y encuentra aceptable.

Permítanme ofrecer un ejemplo que es mucho menos controvertido que el aborto. Dentro de mi corta vida de cuatro décadas, hubo un momento en que tomar la decisión de reciclar era casi imposible. A principios de los años 80, en todo mi estado natal, Texas, solo aquellos marginales bienhechores que estaban muy comprometidos con el movimiento ambiental se esforzaban por separar la basura, cargarla y llevarla a una planta de reciclaje.

En las últimas décadas, como cultura, decidimos que proteger el planeta es un bien social y una obligación moral, tal vez incluso un deber sagrado, por lo que gastamos dinero, esfuerzo y energía para implementar sistemas que hagan que el reciclaje sea una opción más

fácil. Ahora, con el reciclaje en la acera, simplemente dejo mis envases de yogur vacíos y latas de aluminio en la acera el miércoles. Muchos más estadounidenses reciclan ahora que cuando yo nací, pero un compromiso personal con el reciclaje no arrasó mágicamente en la nación algún día. Para que más personas optaran por reciclar, necesitaban tanto el estímulo cultural de que hacerlo es un acto valioso y moral, como sistemas que ayudaran a aliviar la carga que esto imponía. La elección individual de reciclar se hizo más fácil por lo que nuestra sociedad valoraba y se comprometía.

Llevar a término a un niño nunca será fácil (y es, por supuesto, más difícil que reciclar). Pero una cultura que decida que toda la vida, incluida la vida en el útero, es valiosa y digna de protección crearía realidades sistémicas que abrirían posibilidades éticas y prácticas para las mujeres.

De la misma manera, una cultura que acepta el aborto a pedido terminará, aunque sea sin querer, incentivando esa elección. Esto tiene consecuencias posteriores para las mujeres que deciden si continuar con un embarazo.

En situaciones extremas, los empleadores han exigido que las mujeres aborten o pierdan su trabajo. Pero la presión para abortar suele ser más sutil. Cuando trabajé en el ministerio universitario, conocí a mujeres jóvenes que me dijeron que su seguro estudiantil cubría el aborto pero no la atención de maternidad. Estudiantes universitarias contaron a *USA Today* que cuando quedaron embarazadas de manera inesperada, sus centros de salud estudiantil no les ofrecieron información sobre qué hacer si querían continuar con el embarazo. Las universidades rara vez ofrecen alojamiento en el campus para estudiantes con niños.

Estas realidades sistémicas han tocado mi propia vida dos veces. En nuestros primeros años de matrimonio, mi esposo y yo estábamos arruinados y tuvimos que comprar un seguro médico. No pudimos obtener un plan familiar porque nadie lo aseguraba debido a su trastorno autoinmune, y no pude encontrar un plan individual en mi estado que cubriera la atención de maternidad. Debido a esto, retrasamos tener hijos y nos preocupaba que si me embarazaba inesperadamente, sería especialmente oneroso financieramente.

Una década más tarde, mi esposo y yo nos sentamos en una sala de examen con un médico en pánico. Tenía 13 semanas de embarazo y una ecografía reveló anomalías fetales extremas. El médico nos dio la noticia y nos llevó rápidamente a un especialista en genética para que nos hiciera una segunda ecografía. "¿Cuál es la prisa?", Pregunté entre lágrimas. Me dijo que deberíamos averiguar lo antes posible si el bebé tenía algún trastorno en caso de que quisiéramos interrumpir el embarazo. Le aseguramos que fueran cuales fueran los resultados, no interrumpiríamos el embarazo. En tono pedante nos decía repetidamente:

“Puedes cambiar de opinión”. Sentimos la presión de la comunidad médica para abortar, lo cual es común.

Como pastora anglicana, me he reunido con varias mujeres para hablar sobre los abortos arrepentidos. Estas mujeres a menudo recuerdan cuál habría sido la fecha de parto de su hijo y hacen un seguimiento de la edad que tendría su hijo o hija, año tras año. Lo que me sorprende cuando escucho sus historias es que hablan tan poco sobre sus propios deseos cuando eligieron un aborto. Hablan de novios, esposos, padres o madres que no les ofrecieron apoyo o las presionaron abiertamente para que abortaran. Hablan de cómo no podían permitirse el lujo de tener un bebé. Hablan de cómo tenían miedo de no poder terminar la escuela, cómo se sentían aterrados, avergonzados y solos.

Sé que esta no es la experiencia de aborto de todas las mujeres. Las mujeres que piden reunirse conmigo tienden a ser aquellas que están afligidas por sus elecciones pasadas. Aún así, estas mujeres no cuentan historias de sentirse empoderadas para tomar su decisión ideal. Describen sentirse acorraladas.

Abundan las historias de mujeres que dicen que tener un aborto es lo que les permitió continuar con una carrera exitosa. Pero estas historias reconocen tácitamente que el aborto a pedido ha creado una cultura en la que el estatus social de las mujeres depende de que tomemos una, y solo una, elección cuando nos enfrentamos a un embarazo no planeado. El aborto se presenta como el precio de entrada para la igualdad de las mujeres. Pero no tiene por qué ser así. Muchos países europeos tienen leyes de aborto mucho más restrictivas y tasas de aborto más bajas que los Estados Unidos sin restringir el avance de las mujeres. Como escribió Ross Douthat en su columna del Times, "¿Es realmente necesario fundar la igualdad para un grupo de seres humanos en la violencia legal hacia otro grupo que no tiene voz?"

En lugar de construir la igualdad de las mujeres sobre nuestro florecimiento real, nosotros, como cultura, predicamos la igualdad de género en una intervención tecnológica que niega lo que los cuerpos femeninos realmente son y lo que hacen.

“En lugar de desafiar las normas del lugar de trabajo de frente”, escribió Erika Bachiochi en National Review, “la búsqueda de décadas por el aborto sin restricciones alimenta el modelo del trabajador masculino ideal que no está en deuda con nadie más que con su jefe. Si el aborto es lo que permite a las mujeres participar en el lugar de trabajo, entonces tal vez no sean tan necesarias las adaptaciones costosas, los horarios de trabajo flexibles y la equidad salarial a tiempo parcial”.

Las mujeres que sienten que deben extinguir la vida en sus entrañas para poder ser admitidas en el mundo del éxito, la promoción profesional y la igualdad con los hombres es

una realidad formada más por el doble rasero sexual y el capitalismo adquisitivo centrado en los hombres que por la valoración de las elecciones, los cuerpos y los derechos de las mujeres. Esto permite que una sociedad todavía patriarcal no invierta en sistemas que hacen que la maternidad sea una opción más fácil: una cultura laboral más justa como la que sugiere Bachiochi, pero también licencia parental remunerada , amplia disponibilidad de salas de lactancia, mejor acceso a la atención materna, atención médica asequible para niños y cuidado infantil subvencionado por el gobierno .

El aborto a menudo se ve como una red de seguridad necesaria para la pobreza, pero esto deja sin abordar las causas profundas de la pobreza, especialmente la pobreza femenina. No contamos con políticas vigentes como un salario digno o leyes efectivas de manutención infantil que ayuden a las madres solteras a mantenerse financieramente a flote.

Datos recientes de Gallup muestran que la mayoría de las personas (53 por ciento) que ganan menos de \$40,000 por año se identifican como "pro-vida" (en oposición a pro-elección). El aumento en el nivel de ingresos se correlaciona con el apoyo al aborto, y los estadounidenses más ricos tienen menos probabilidades de identificarse como pro-vida. Sin embargo, aproximadamente la mitad de las mujeres que abortan viven en la pobreza.

En un artículo del Journal of Law, Medicine, and Ethics, Michelle Oberman, profesora de la facultad de derecho de la Universidad de Santa Clara, escribe: “Lo que uno aprende al considerar las razones por las que las mujeres buscan abortos es que la pobreza circunscribe las opciones disponibles para las mujeres pobres. ”

“Lo que aprendemos de quienes buscan abortar”, concluye, “es que la decisión de interrumpir un embarazo no es tanto una elección como una respuesta a las formas en que la pobreza se inscribe en nuestros cuerpos”.

A menos que nosotros, como cultura, estemos comprometidos con el arduo bien de proteger toda la vida, siempre es más fácil y menos costoso (al menos en términos de dólares) enviar a los pobres al aborto, en lugar de encontrar soluciones duraderas a la pobreza.

El movimiento anti-aborto a menudo es acusado de ser “pro-vida” solo desde la concepción hasta el nacimiento. Creo que estas críticas a veces puede ser exagerada, especialmente teniendo en cuenta el aumento de la entera vida de movimiento , pero es verdad claramente que el Partido Republicano a menudo utiliza el aborto como una herramienta política para ganar elecciones, pero hace poco para poner en marcha políticas o acumulación de una cultura que apoya a las mujeres y los niños. Es posible que se preocupe por proteger las vidas de los no nacidos, pero no funciona para hacer que enfrentar un embarazo no planificado o criar a un niño sea más fácil.

Al mismo tiempo, creo que muchos de los que apoyan el derecho al aborto están genuinamente comprometidos con la idea de la libre elección de las mujeres. No quieren que las mujeres se sientan obligadas a abortar o que las mujeres embarazadas no se sientan apoyadas si quieren continuar con un embarazo. Pero los defensores del derecho al aborto a menudo no tienen en cuenta cómo una dependencia social generalizada del aborto puede empujar a las mujeres hacia esa opción y hacer que la decisión de quedarse con un bebé sea más difícil.

La izquierda aboga por políticas sociales cruciales como la licencia parental y la atención médica asequible que ayuden a aliviar la carga de tener hijos. Sin embargo, el mensaje constante de que las mujeres necesitan abortar para tener éxito les dice a las mujeres jóvenes que enfrentan un embarazo inesperado que no pueden tener un bebé y aun así terminar la escuela, progresar en una carrera y tener una vida plena. No veo la misma indignación de los defensores del derecho al aborto cuando los estudiantes universitarios no tienen acceso a viviendas familiares en el campus que la idea de que no tendrán acceso a un aborto a las 18 semanas de embarazo.

Enmarcar la continuación de un embarazo simplemente como una preferencia personal de un individuo permite que la pareja sexual de una mujer, los miembros de la familia y la comunidad nieguen su responsabilidad de apoyar a la madre y sus hijos. El hecho de que como cultura no veamos la protección de la vida como un valor absoluto, nos alienta a utilizar el aborto como un mecanismo de respaldo para los males sociales, lo que le da a los empresarios y políticos (independientemente del partido) una excusa para no hacer de las políticas maternas su más urgente prioridad.

Cuando se trata del aborto, tanto la derecha como la izquierda convergen en una visión individualista y reduccionista de la elección. Esto ha fomentado una cultura en la que las mujeres que enfrentan un embarazo inesperado con demasiada frecuencia se sienten abandonadas. Pero para tener el poder de tomar una decisión más difícil, las mujeres que quieren continuar con un embarazo necesitan sentir que sus sacrificios son vistos, valorados, aplaudidos y apoyados de manera práctica. Necesitan defensores para ayudar a fomentar una sociedad donde las mujeres no sientan que necesitan el aborto por seguridad financiera, oportunidad o igualdad.